

Preguntas de Reflexión

- ¿Qué significa la Cruz de Cristo para ti personalmente en tu camino de recuperación?
- ¿De qué maneras has visto que Dios ha traído sanación o esperanza en los lugares de dolor en tu vida?
- ¿Qué cruz cargas ahora mismo, y cómo puedes dejar que ésta te lleve al encuentro con Dios?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Números 21, 4b-9

Salmo Responsorial: Salmo 78, 1bc-2, 34-35, 36-37, 38

Segunda Lectura: Filipenses 2, 6-11

Evangelio: Juan 3:13-17

Vigésimo Tercer Domingo del Tiempo Ordinario



La cruz es el símbolo primordial de nuestra fe cristiana, y también para aquellos en recuperación, ya que hace referencia a nuestra experiencia vivida. En la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, la Iglesia nos motiva no sólo a recordar el sufrimiento de Cristo, sino a regocijarnos en el amor y la victoria que por ella nos ha sido revelada. Lo que una vez fue instrumento de tortura, se ha convertido en un signo de redención y sanación. Quienes hemos caminado a través de las tinieblas de la adicción, las compulsiones y los apegos dañinos, entendemos lo que significa encontrar a Dios en el lugar de nuestro más profundo dolor.

Los Doce Pasos nos muestran como la transformación comienza con la rendición. El Paso Uno reconoce nuestra impotencia. El Paso Tres nos invita a poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios. El Paso Siete no pide que con humildad permitamos que Él remueva nuestros defectos. Ninguno de estos pasos promete el alivio inmediato, pero sí ofrecen libertad. La cruz nos recuerda que el camino a la resurrección pasa por el sufrimiento. Nuestras heridas no nos descalifican para recibir la Gracia; se convierten en la puerta por la cual Cristo entra.

En el Evangelio de este domingo, Jesús habla de la cruz como el medio por el cual recibimos la Vida Eterna (Juan 3, 14–17):

“Igual que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.”

Estas palabras nos recuerdan que la muerte de Jesús en la cruz no se trató de un castigo, sino de un acto de amor. Él no vino a condenar sino a salvar. Esa salvación no es algo abstracto; es profundamente personal. La encontramos en las juntas, en la oración, en los Sacramentos y en la decisión discreta de mantenernos sobrios o de reaccionar con paciencia en lugar de temor. Es el morir diario de nuestro ser que da espacio para la Gracia de Dios.

La cruz que llevamos en la recuperación no es una carga de culpabilidad, es la marca de la sanación. Cuando admitimos nuestra necesidad de ser ayudados, dejamos de escondernos y comenzamos a sanar. La cruz nos enseña que la verdadera fortaleza se encuentra no en pretender que estamos bien, sino en confesar nuestra necesidad de Dios. La crucifixión de Cristo nos hace recordar que el amor no huye del dolor, sino que entra en él, lo transforma y trae vida nueva.

Cada uno de nosotros carga una cruz única, ya sean las consecuencias de la adicción, el dolor de una traición, las heridas del pasado o la lucha cotidiana por ser íntegros. Pero cuando ponemos nuestro sufrimiento al pie de la Cruz, encontramos a un Salvador que nos entiende. Jesús no nos pide cargar más de lo que Él mismo cargó. En su Resurrección, Él promete que, también nuestras cruces, serán redimidas/liberadas.

La festividad de la Exaltación de la Cruz nos motiva a levantar en lo alto el símbolo de nuestra salvación, no glorificando el dolor, sino glorificando el amor que transforma el sufrimiento en gracia. Nuestra historia no termina en el foso. En Cristo, ésta sigue hacia la resurrección, sanando y sirviendo a los demás.

Que, como personas en recuperación, podamos ver nuestras cruces como signo de transformación y no como señal de la derrota. Por medio de ellas, hemos sido renovados, un día a la vez, un paso a la vez.